

LA SEMANA.

PERIODICO POLITICO Y LITERARIO,

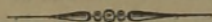
Escrito por el Sr. D. JOSÉ MÁRMOL, y publicado por la imprenta URUGUAYANA.

N.º 25.

MONTEVIDEO

OCTUBRE 27 DE 1851.

PARTE POLITICA.



SEÑOR D. JUAN MANUEL ROSAS.

Montevideo Octubre 26 de 1851.

SEÑOR—

Dentro de algunas semanas os encontraréis en condicion tan desgraciada, que sería innoble entonces por parte de vuestros enemigos el abusar del triunfo para mortificar vuestra conciencia, una vez que os vienen en el destierro, ó bajo la vijilancia de la justicia. Pero cuando estais todavía en el poder, quiero apresurarme, antes que salirais de él, á buscar en los recuerdos mismos de vuestro pasado algunas verdades con que pretendo acusaros de ingrato y malo para con vos mismo, como lo habeis sido para con la patria.

Es una idea nueva, jeneral Rosas; nadie hasta ahora se ha tomado el trabajo de acusar á vuestro sistema por los males que os ha inferido á vos mismo.

En otra ocasion os hice conocer la criminalidad de vuestra conducta para con vuestra hija, único afecto que se os concedía en la tierra; y si ahora logro demostraros que no habeis sido bueno ni para con vos mismo, podremos obtener por resultado, que habeis venido al mundo con la triste mision de no poder ni saber obrar el bien en beneficio de nadie, ni aun de vos mismo.

Vuestros enemigos han repetido hasta el fastidio una acusacion con que mas creían demostrar vuestra sistemática tiranía; han dicho que cuando entrasteis por primera vez al gobierno en 1829, tuvisteis la ocasion y los medios de constituir el pais, y afianzaros en el gobierno, por la Constitucion, y por la vocacion del partido federal á vuestra persona.

Yo os deliando de ese cargo, jeneral Rosas.

En 1829, el partido federal era mas fuerte que vos; y cualquiera constitucion que hubieseis dado al pais, no hubiera servido sinó para perderos personalmente, hacienciendo mas sólido el poder de los federalistas, con los derechos que les otorgase la ley pública, como á ciudadanos argentinos. Deseasteis perpetuaros en el gobierno, y habría sido un grandísimo error de vuestra parte el circunscribros un círculo legal para ejercer vuestra autoridad, pues que en ese círculo el partido federal os habría sofocado bien pronto, porque las aspiraciones de él no dieron fin con la caida del poder unitario. La Constitucion no habría durado mas tiempo que el que dispensase una guerra civil en vuestro mismo partido; y ni el pais, ni vuestra persona habrían ganado gran cosa con el pensamiento constitucional.

Fuisteis hábil entonces; es decir, tuvisteis la adivinacion ó el instinto de vuestra conveniencia; porque entonces, como en toda vuestra vida pública, no ha habido jamás combinacion política, sinó instintos, inspiraciones de vuestra organizacion y vuestro carácter.

En mi opinion, solo habeis tenido tres épocas de trabajar en beneficio de vuestra persona, de vuestro gobierno, y de vuestro nombre futuro. Y esas épocas son:

En 1838.

En 1847.

En 1850.

En 1838, el partido unitario estaba completamente muerto como cuerpo político. El partido federal, constitucionalmente hablando, no existía tampoco como cuerpo; o tan solo una dejeneracion chocante de federacion constitutiva, lo que existía en la República, en millares de hombres que invocaban la palabra federacion sin cuidar en nada de la importancia, de la práctica del principio federativo; no había nada de unitarios, ni de federales propiamente hablando: no había otra cosa que amigos y enemigos de vuestro gobierno.

Pero durante los años que habían transcurrido desde el encarnizado debate de los dos grandes partidos de la República, hasta ese año de 1838, una jeneracion nueva había crecido y puéstose en edad y en ocasion de tomar parte, ó por vuestros amigos ó por vuestros enemigos. Porque ni habia partido de federacion ó de unidad por quien tomarla, ni esa juventud era unitaria ni federal tampoco.

Era una juventud ilustrada, entusiasta con los recuerdos del pasado, activa, pura y con aspiraciones de figurar en las carreras brillantes de la sociedad de su pais, en política, en literatura, &c.

Enojada con la guerra civil que había estinguído tantas bellas esperanzas en su tierra natal, esa jeneracion se hizo oír de vos por el órgano de muchos de sus principales miembros; y con ese candor que caracteriza á la juventud, os ofreció su cooperacion para realizar los grandes destinos de su patria.

No era una pobre cosa, era toda una jeneracion de hombres nuevos, fuertes é inteligentes la que os ofrecía su auxilio; en cambio solamente de recibir de vuestro gobierno una constitucion para el pais, que definiere siquiera los derechos mas naturales de sus hijos, dejando asegurada la vida, la propiedad y la emision libre de las ideas.

A tiempo que recibiais esa oferta valiosa, que podía decidir de los destinos de vuestro gobierno y de vuestro nombre histórico, la emigración unitaria estaba reducida á unos cientos de hombres en la República Oriental, muy llenos de mérito, y muy acreedores al respeto de los hombres, pero en completa impotencia para hacer sombra á vuestro poder.

Los acontecimientos del Perú, cualesquiera que fuesen sus resultados, no podían afectar directa y sériamente vuestro gobierno.

La cuestion francesa que comenzaba, era un asunto de fácil solusion en un arreglo diplomático, desde que hubiese en él sinceridad y buena fé por parte vuestra.

Los sucesos interiores del Estado Oriental, abandonados que fuesen á sí propios, eran insuficientes, aun con el triunfo del general Rivera, para trastornar el órden de cosas que establecieseis. No tenáis que hacer sinó evitar las complicaciones; aflojar vuestro sistema dictatorial, y conquistar de ese modo la cooperacion del poderoso elemento que se os ofrecía; es decir, la cooperacion en toda la República de veinte ó treinta mil hombres nuevos, que debían constituir vuestra potencia intelectual y material, desde el momento en que comprais su auxilio al precio que se os pedía.

La nueva jeneracion no se quería encomendar de la reivindicacion de ningun partido; ni hacerse esclusivista en beneficio de ningun hombre, ni de ninguna idea.

A las demasías anteriores de vuestro gobierno, la juventud habría bañado su memoria en el Letéo de la paz futura; y clasificándolas, acaso, como consecuencias desgraciadas pero fatales de la anterior lucha de partidos, se habría hecho intransijible con todo aquello que no conviniese á la tranquilidad pública, y al pacífico ejercicio de

la ley que dieseis al país, cualquiera que fuese su estension en los primeros momentos.

Vuestro poder, apoyado en el auxilio de esa juventud, habría servido para hacer respetar el código político; y esa misma ley podría haber sido escrita de tal modo que no pudiese ser atacado vuestro gobierno, ó mas bien, vuestra persona, sin ser atacada y violada la ley.

Pero qué hicisteis, general Rosas, en ocasion tan favorable á vuestros intereses y á vuestro nombre? Comprometisteis los unos, y echasteis lodo sobre el otro.

Era el momento de purificaros un poco; de establecer sobre una base sólida y legal vuestro gobierno; pero preferisteis mancharos mas, y haceros un déspota insufrible, pudiendo haberos hecho un presidente constitucional.

Hijo lejítimo de las ideas retrógradas, en los jóvenes no mirasteis sinó *muchachos*; é incapaces los ojos de vuestra intelijencia de estenderse mas allá de las paredes de vuestro gabinete, no comprendisteis que esos *muchachos* habían de crecer mas, habían de ser hombres formales, y de mas ó menos valer en los negocios públicos, ó en los sucesos de la revolucion. Y, bajo esta falsa apreciacion, empezasteis por despreciarlos, y acabasteis por perseguirlos, por encarcelarlos, por arrojarlos del país á fuerza de humillarlos con vuestro torpe y estravagante sistema de divisas, de bigotes, &c. &c.; todas esas irrisiones, á nada conducentes, con que habeis tenido el mal sentido de enajenaros la voluntad de millares de hombres que os veían ocupado en profanar su dignidad y en haceros aborrecer, en vez de emplear vuestro tiempo en ser útil al país y en haceros amar.

Desesperanzada de que fueseis capáz de otra cosa que de ser un tirano vulgar, gran-

de solamente por el tamaño de vuestros delitos, y no por las combinaciones de vuestro sistema, la juventud de la República estableció entonces su programa de conducta futura.

Una parte de ella pasó á Montevideo, no á hacerse partidaria de los unitarios, sinó á buscar en ellos amistad y union para haceros la guerra.

En las provincias, el resto de esa juventud empezó á fomentar con actividad lo que había de constituir mas tarde la gran Liga del Norte.

Y el Sol de 1840 vio á toda esa jeneracion que tuvisteis el mal sentido de no comprenderla, ni en su importancia, ni en sus miras, formando la gran masa de vuestros enemigos, en todos los ángulos de la República.

Con una actividad y una abnegacion que la historia sabrá recomendar en los anales de la emigracion argentina, esa juventud se dividió todos los trabajos de la actualidad: engrosaba los ejércitos, dirijía la prensa, la política, el debate; propagaba en toda la América los sanos principios de la revolucion á que había entrado, y consiguió con su propaganda haceros conocer del mundo entero, en toda la deformidad de vuestro carácter y de vuestro gobierno.

La fortuna os fué propicia sin embargo: vencisteis; no hay necesidad de decir como ni por qué; vencisteis militarmente de las grandes cruzadas de 1840; y vuestros triunfos siguieron estendiéndose y prolongándose.

Pero como quedasteis despues de vuestros triunfos, jeneral Rosas? Quedasteis sobre un trono de cráneos, con una aureola de espiritus ensangrentados en vuestra frente, espuesto al ódio, á la repugnancia de la humanidad entera, dibujándose á vuestros ojos, en el horizonte de los siglos, la repro-

ñacion de las jeneraciones futuras. Quedasteis cubierto de lágrimas y sangre; temblando de la luz, del aire, de vuestra propia sombra; augurando en vuestra misma conciencia la hora de la venganza del pueblo, ó la punta de un puñal sobre vuestro pecho. Quedasteis como un boa del Indo, harto con las entrañas que habiais devorado; hidrópico con la sangre de vuestras víctimas, tendido en el fango de vuestros propios delitos.

Habiais trabajado en vuestro daño ó en vuestro beneficio? Es muy sencillo: despues de vuestro triunfo conseguisteis lo que os acabo de decir; y sin pretender ese triunfo habiais conseguido, dos ó tres años antes, una vida llena de quietud, de gloria cívica, y de un gobierno tranquilo y duradero, con solo el trabajo de haber hecho alianza con las ideas de la jeneracion nueva.

Trabajasteis pues, en vuestro daño, por que os pesa sin duda, por una fenomenal disposicion de vuestra organizacion, el ser bueno aun para con vos mismo.

Veamos otra época.

Las armas de vuestros contrarios, en esto ó en otro lugar de la República, no dejaban de atacar vuestra dictadura, pero á fines de 1847, la batalla de Vences pone el sello á la desgracia de ellos.

En esa jornada quedasteis libre de vuestros enemigos.

La República estaba cansada de la guerra. Los pueblos querían la paz, el trabajo, el órden. Vuestros contrarios mismos estaban desesperanzados para lo futuro. Vuestro poder acababa de ser solidificado de un modo que parecia hacerlo inconvencible.

Una cuestion exterior complicaba entonces las relaciones de vuestro gobierno, con un Estado poderoso de la Europa.

Pero esa cuestion no afectaba de modo alguno las conveniencias ni los derechos de la República Argentina. Esta no tenia el mi-

no interés en destruir la independencia continental, llevándolo presidentes en la punta de las bayonetas; y cualquier sesgo que se era á esa cuestion, no importaba un antecedente deshonoroso al país: era un asunto meramente vuestro, que ofrecía una facilísima solución, con solo el retiro del ejército nacional, aceptando cualquiera de las tantas concesiones que para tal efecto ofrecía la tencia interventora.

Fuera de esta cuestion no había ninguna ra de gravedad en nuestras relaciones exteriores; y en su interior, la República estaba tranquila.

Qué necesitabais pues, jeneral Rosas, para haceros á vos mismo el brillante beneficio de reconquistar para vuestro gobierno legalidad que le había faltado siempre, y haceros amar del mismo pueblo que os había temido, y de establecer para vuestra persona un gobierno radicado en la confianza pública y en el deseo de paz que reinaba en toda la nación conmovida y dilacerada por tantos años? No teniais que hacer más que responder á la franca necesidad de los pueblos, á la larga ambicion de dos generaciones, que consistía en una constitucion para la República.

Quién hubiese dejado de elejirlos para la residencia del Estado estando como estabais en el apojéo de vuestro poderío? Y si la Constitucion hubiese establecido diez ó quince años para el ejercicio de la presidencia en la persona electa, quién se habría trevido á intentar sacaros del poder antes de ese tiempo, desde que los pueblos estaban aburridos de la guerra civil, y en vuestras manos el poder de sofocarla fácilmente?

Si vuestra ambicion es la de mandar, mandando quedabais. Si vuestras antiguas pasiones os inspiraban ódio contra vuestros enemigos, demasiado satisfecho quedabais

con el triunfo militar de vuestra causa, y con el desmentido político que les dabais constituyendo el país.

La emigracion, cansada, envejecida, pobre, deseosa de morir en su país, habría vuelto en el acto á sus hogares.

La Francia y la Inglaterra, que tanto interés estaban mostrando por conquistar vuestra amistad, se habrían aliado entonces del mejor modo á vuestra política; y los lazos de ella tan relajados en la América, se habrían anudado sin dificultad.

La situacion de la Europa, en el interregno en que pudisteis realizar aquella idea, se combinaba con el rápido florecimiento que podía tener la República bajo el nuevo impulso que pudisteis darla. Pues que el grande incendio que conflagró la Europa, habría precipitado una copiosa emigracion á las riberas occidentales del Plata; y el primer periodo de vuestro gobierno constitucional, habría sido marcado por una superabundancia de poblacion y riqueza en el país.

Abiertos los rios á la navegacion libre, os poniais á la espectacion del mundo comercial y político, y haciais á vuestro país el emporio del movimiento, del comercio, de la emigracion, y del porvenir de esta Region Meridional de la América.

Todo eso iba á reflectar los rayos de su luz espléndida sobre vuestro nombre; quedabais inapeable en vuestro gobierno, y la historia habría sido muy circunspecta para juzgar los hechos anteriores de él, que allá en las lejanías del tiempo habrían sido avalorados, quizá, como medios conducentes al fin que os proponiais; porque la historia clasifica la importancia de ciertos hechos, siempre por sus resultados, y rara vez por su origen.

Pero, os lo repito, estais destinado, jeneral Rosas, á no ser bueno ni con vos mis-

mo; y en vez de preferir la grande y fácil obra que os acabo de indicar, preferisteis tenderos como un turco en vuestro serrallo de *Palermo*, jugar con la tigre, fusilar á Camila O'Gorman, salir en mangas de camisa á recibir á los plenipotenciarios europeos, ponerles ópera y coche á las mujeres, hacer y representar comedias con vuestros diputados, robar los caudales públicos, perder el tiempo en estraer los hormigueros de vuestra Quinta, en hacer cabar grandes zanjas á que llamais *lagos*, por la manía que os ha dado de haceros hombre de gustos réjios, formar una especie de posada en vuestra casa para embohar con cerveza y pasteles á los infelices que os iban á pedir un poco de lo mucho que les habeis robado; y dormiros como un pampa á esperar que os cayera del Cielo el santo advenimiento para tomar la plaza de Montevideo, encantado con la música de vivas y alabanzas estravagantes que os tocaban al oído los titulados representantes, y los nécios de vuestros periodistas.

Y entretanto, no os acordabais, jeneral Rosas, que á vuestros pies fermentaba un volcan en la situacion pública que desatendiais. No os acordabais que los mismos hombres que os habian ayudado á vencer á vuestros enemigos, habfan mas ó menos tarde, de reclamaros otro orden de cosas diferente. No os acordabais que teniais un ejército poderoso y aguerrido, en un destierro de doce años, y que mas ó menos tarde habria de estallar en él el deseo de volver á su patria, y concluir por su propia cuenta las campañas eternas á que lo destinabais. No os acordabais que habiais hecho ensangrentar los pueblos á nombre del principio federativo que ecsijian, y que mas ó menos tarde habrian de reclamaros la realizacion de ese principio. No os acordabais, en fin, que no se gobierna indefinidamente á los pueblos, que no se está al frente de sus destinos,

con los solos méritos de matar hormigas, fusilar mujeres, de abrir zanjas, de duchar, ópera y cerveza, de engañar al jehú humano, de mantener guerras intermitentes sin motivo alguno, y de hacerse llamar hombre y grande por los tontos ó los promedios. No os acordasteis, por último, que los hombres públicos no pueden mantener mucho tiempo su popularidad, con solo la teoría de mostrarse de cuando en cuando en los árboles de una Quinta, con calzones anchos y ordinarios, chaqueton viejo, y sombrero de paja con las alas caidas.

Y eso y no mas es todo cuanto hicisteis desde la batalla de *Vences* hasta 1850, que comienza otra época.

Con solo haber querido ser bueno por vos mismo, el año de 1850 os habria hallado tranquilo en vuestro gobierno, en paz con todo el mundo, llena de prosperidad la República, sin un solo enemigo, en paz de alarmaros, y sostenido en el mar por la conveniencia de la paz pública, y por el mismo orden regular de cosas que pudeis establecer. Pero como nada hicisteis sino lo que antes os he dicho, el sol del año 50 empezó á encapotarse á vuestros ojos.

A fuerza de hostilizar tanto al Imperio chino, por esa vuestra propension maldita á incomodar á todos, su gobierno empezó á asumir una posicion enérgica y amenazadora. Pero confiado en vuestro antiguo sistema de hacer que los demás se sacrificasen por vos, confiasteis en que ese fenómeno se repetiría otra vez; y en lugar de hacer justicia á las reclamaciones del Imperio, ordenasteis á vuestra Legacion que desconociese esa justicia y asustase al gobierno de S. M. con un ejército de protestas y de amenazas apenas conducentes á acarrear una nueva guerra á la República.

Ademas de esto, en la provincia del Entre-Rios se descubria claramente ya la

existencia de un órden de cosas diametralmente opuesto á vuestro sistema jeneral para la República.

Los respetos tributados por el terror á vuestro nombre, allí cedían el lugar á los respetos tributados por el cariño de su pueblo al jefe de esa provincia: allí ya no eraís el primero; eraís el segundo.

Un sistema de tolerancia, de paz, de industria; un despegó completo de todas vuestras máximas, y esos mil y un pequeño incidente que preceden siempre á las grandes revoluciones políticas, como esas gotas de agua que salpican el mar bajo los trópicos, precursoras siempre de sus terribles tormentas, comenzaron á anunciar á todos la aproximacion de grandes acontecimientos, contrarios á vuestro gobierno, en la provincia del Entre-Ríos, de quien su jefe, amado hasta el entusiasmo por los habitantes de ella, debía ser necesariamente el alma de la situacion que se preparaba.

Vuestro gobierno iba á ser conmovido por un peligro eminente é inmediato; y una vez en acción los elementos interiores que contra él se preparaban, por un encadenamiento natural de conveniencias, el Brasil y el Entre-Ríos estaban llamados forzosamente á una alianza.

Qué os convenia hacer en tal momento? Zanjar vuestras dificultades con el Brasil; desentenderos de la quijotesca posicion que habiais tomado en defeusa de las arbitrariedades cometidas contra los súbditos del Imperio por un poder á quien llamabais vuestro aliado; y apresuraros á aprovechar la política de transacion que en los negocios del Plata había guiado siempre los consejos del gabinete de S. M. Imperial. Teniais allí un ministro que habría allanado en pocas horas todas las dificultades pendientes, desde que lo hubieseis autorizado á ello. Y una vez libre de la amenaza Imperial, os encontrabais con mas amplitud de medios para atender á la reaccion interior que os amenazaba.

Pero estaba de Dios, jeneral Rosas, que esa vez, como las anteriores, habiais de obrar en sentido contrario á vuestros intereses; y en vez de una transacion preferisteis en el Jeneiro la ruptura diplomática de

setiembre:—primer paso falso en los sucesos de la actualidad.

A esa fecha ya no era un misterio el pensamiento del Jeneral Urquiza: la revolucion encabezada por él contra vuestro sistema, ya no podia seros un secreto.

Un hombre de altura, y que entendiése lo que le convenia, en posicion como la vuestra, se hubiese desentendido de los medios con que contaba el jeneral Urquiza, y hubiera dado su atencion al fin que se proponia. Porque en las revoluciones los medios son siempre indefinidos; la abundancia y el valor de ellos dependen de mil eventualidades que escapan jeneralmente á los cálculos humanos; pero el fin es siempre determinado y preciso.

Para nadie era un misterio que el jeneral Urquiza iba á declarar que el fin de su revolucion era la convocacion de un Congreso Jeneral, que diese á la República la constitucion federal que se había convenido darla en los viejos tratados de las provincias litorales, y en el motivo jeneral de las guerras anteriores.

Podiais calcular hasta donde se estendería el incendio revolucionario una vez que estallase? ¿Podiais contar con la suerte de vuestro grande ejército en el territorio Oriental? Podiais confiar en las masas de la República, sometidas por tantos años á vuestra pesada dictadura? No, no podiais calcular, ni contar, ni confiar en nada de eso; y lo mas lójico era creer que el peligro debía ser mayor en cada dia.

Qué os convenia hacer entonces? Qué convenia á vuestros intereses personales? Aprovecharos del mismo pensamiento de vuestro enemigo, y poner la mano, antes que él en el blanco legal de su revolucion; es decir: convocar inmediatamente á las provincias á la reunion de un Congreso para dar al país una constitucion federal; inutilizando de ese modo el motivo constitucional del Jeneral Urquiza; inhabilitándolo para llevar adelante la revolucion, desde que eraís vos mismo el que se anticipaba á dar al país aquello que quería darle el gobernador de Entre-Ríos:—de este modo, no había medio, ó conténiais la revolucion, ó la despojabais del principio legal con que se presentaba en la República.

Pero hicisteis eso, jeneral Rosas? ¿Hicisteis algo en beneficio de vuestro gobierno, en honor ó en provecho de vuestra persona? No; no hicisteis nada absolutamente. Dejasteis que los sucesos viniesen, nada mas que porque no supisteis qué hacer, y cuando aparecieron; cuando visteis desbordarse sobre vuestro poder un torrente de lanzas por todas partes, lo único que se os ocurrió fue llamar loco al jeneral Urquiza, hacer muñecos de paja para quemarlos, diciendo que quemabais al loco; haciendo al mismo tiempo que vuestros prostituidos representantes os eligiesen Jefe Supremo, con la misma propiedad que puedo yo elegir un Papa desde Montevideo; y que destituyesen de Gobernador de Entre-Ríos al jeneral Urquiza, con la misma autorizacion y poder que tengo yo para dar ó quitar el turbante imperial al Soldán de Persia. Quedando muy contento con eso, y con que los archiveros y escribanos de Buenos Ayres os juran que van á matar el loco, y á echar de su trono al Emperador del Brasil.

Ahí teneis, jeneral Rosas, todo cuanto habeis hecho en política desde 1850 hasta hoy, en que figura la época actual; y si teneis la jenerosidad de decir la verdad una vez sola en vuestra vida, direis conmigo que el último cacique de Patagones habria entendido mejor sus intereses en situacion tan difícil.

Militarmente, toda vuestra táctica actual se reduce á hacinar hombres en la provincia; y sobre el resultado que os dará esa medida, esperad á que os lo digan los sucesos dentro de treinta á cincuenta dias.

Por ahora ahí teneis los resultados obtenidos hasta hoy por el jeneral Urquiza: vuestro ejército grande está todo en poder suyo; contento y pronto á cooperar con su jeneral á la estirpacion de vuestro gobierno.

La República Oriental, libre completamente de vuestra opresion.

Treinta mil hombres disponiéndose á operar sobre el centro mismo de vuestro poder.

Y la ciudad de Buenos Ayres, la provincia, la República entera esperando ansiosa

la presencia de sus libertadores.—Ved los primeros ensayos de la revolucion de que quisisteis reiros, por la propension que habeis tenido siempre á reiros de todo lo que es grande: de Dios, de la patria, de la familia y de la vida humana.

Entretanto, ahí os dejo retratado en las tres grandes épocas de vuestra vida pública; en que los sucesos os han abierto el camino de haceros bien á vos mismo, y en que sin embargo, no os habeis hecho sino mal.

¿Será porque vuestra organizacion se resiste á la idea y práctica del bien, sea para quien sea, ó porque la Providencia Divina ha puesto una venda de plomo en vuestros ojos, cada vez que la fortuna ha derramado un rayo de su luz sobre la senda de vuestro destino?

Sí, es lo último, jeneral Rosas: vuestros crímenes deben pesar demasiado en la balanza de la justicia eterna, y cuando la mano del demonio os ha allanado un camino, la mano de Dios os ha empujado de él.

Vais á descender de vuestro gobierno, y si vuestra cobardía proverbial os hace huir del peligro para evitar la mano de la justicia de los hombres, vuestra vida en el extranjero, será un objeto de asco y repugnancia por vuestros crímenes, de desprecio y de burla por vuestra nulidad; pues que no fuisteis hábil, ni para haceros grande cuando la fortuna os arrojó á manos llenas los triunfos, las oportunidades, y los medios de serlo. Y la historia dirá alguna vez, que la mayor desgracia de los Argentinos no fué la de tener un tirano, sino la de que ese tirano fuese Rosas.

Ahora, el que os ha echado en cara tantas veces los males que habeis hecho á su patria, se complace en haberos arrojado sobre el rostro tambien los males que os habeis hecho á vos mismo, dejando que alguno de vuestros defensores se tome el trabajo de revelar á la historia, para qué, ó para quien habeis sido bueno en este mundo.

José Mármol.